

## PRÓLOGO

Este libro tiene distintas procedencias, aunque todas ellas, a pesar de su divergencia de origen, alcancen a tener un mismo y único propósito: dar cuenta de un desengaño respecto a un mundo, y de una retirada del afecto al mismo por parte de quienes todavía viven en él. Todo ello considerado en el espacio de un “Antiguo (y, también, nuevo) Régimen” hispano.

Se encuentra más o menos de moda el tratar al capitalismo como una debacle en la que vive inmersa la sociedad occidental, y también abordar sus horrores, susceptibles de ser sintetizados en la fórmula de que todo deviene mercancía y las relaciones económicas priman sobre cualquier aspecto de la vida social de hoy en día. En efecto, estas son unas férreas “lógicas de lo peor”, las cuales afectan a la construcción de los sujetos bajo tan opresiva determinación. Pero este libro va de otra cosa: son las configuraciones que estas lógicas y procesos tuvieron en otros días las que determinaron en principio estas páginas.

Así que fue el retiro, la misantropía, el desengaño y el sentimiento de *vanitas* generalizado los que, creemos, rigieron la vida —al menos la de las élites de entonces y su ámbito de acción— en un tiempo que se aleja de nosotros a la velocidad de escape. Explorando estas circunstancias de vida, el libro da cuenta de un hecho singular: el de que fue España, por sus especiales condiciones políticas y debido a la misma singularidad de su travesía por la historia, el lugar del mundo en que estos afectos se produjeron con especial fuerza y firme determinación. Hasta el punto de impactar en sus modos de producción

de presencia, que acabaron por definir al país y a sus mismos habitantes.

Empezando por el principio, el apartado “Barroco hispano y diferencia radical” trata de un *décalage* español con respecto a los patrones seguidos en el resto de países de nuestro entorno. En virtud de lo cual, España se separa del resto de Europa, donde un cierto progreso de las sociedades políticas se hace manifiesto. El texto es heredero de las posiciones que vengo manteniendo desde *La península metafísica* hasta *Imago* o la propia *Era melancólica*. Como no podría ser de otra forma, el sentimiento de una diferencia (radical), los modos propios del transcurso de una “historia excéntrica”, que hubiera afectado al particular sistema sociopolítico español, se imponen en el capítulo, el cual incide en observaciones sobre sor Juan Inés de la Cruz, Calderón... y toda una pluralidad de autores varios y variopintos. Son ellos (o, mejor: sus obras) desde los que una y otra vez se insiste en determinadas posiciones antiprogreso propias de un sentimiento católico de desautorización de la vida, y puestas en espera en lo que hay más allá del mundo y de la realidad conocida. Lo que nos ha llevado a subtítular el texto como: “Nunca fuimos modernos”. Aseveración que da paso a un desencanto tradicional y planea sobre una suerte de desconfianza en el porvenir. Marca que resulta acreditada por lo más granado de nuestros autores y productores simbólicos del pasado (y algunos del presente).

El segundo título (“Piramidal, funesta, de la tierra nacida sombra”) abunda en un estudio de un caso altamente revelador. Se trata en él de los obeliscos y, también, de su representación en el espacio logocónico hispano concentrado en el siglo XVII. Los obeliscos resultan aquí considerados como un verdadero (y hasta cierto punto secreto) emblema de *vanitas* y, también, de la melancolía a ella vinculada. Asociadas con la muerte y el deshacimiento, que sin embargo son capaces de cosechar una suerte de memoria, la presencia de dichas estructuras *ctónicas* de origen egipcio en la cultura ibérica es sobresaliente. Figuran en el espacio plástico y también en el textual, escandidos en cinco dominios, que son: el del propio trabajo poético de sor Juana Inés de la Cruz; el de la literatura simbólica ilustrada (que es uno de los discursos fundamentales para conocer el siglo barroco por antonomasia); seguido de aquel que versa sobre las piras funerarias a reyes y reinas en los tiempos de su óbito. También aparecen estas configuraciones, extraídas del lenguaje de la arquitectura, en los grabados osteológicos

(singularmente a través de la figura de Crisóstomo Martínez); y, finalmente, se ponen en relación con la derrota hispana en los Países Bajos. Espacios de lucha y confrontación donde los obeliscos (metáfora de las pretensiones de imperio) aparecen quebrados o basculantes en los libelos y propaganda debidos a los protestantes. Son, pues, distintos contextos para una misma idea que debemos relacionar con el fracaso y el desistimiento; de todo lo cual se encargarán de mostrar su evidencia estas páginas.

El siguiente texto (“La fortaleza. De virtud cardinal a ingeniería de control del territorio en tiempos difíciles”) aborda el hecho de que como virtud cardinal, y también como ingeniería de orden militar y geoestratégico que afecta a la disposición del territorio, la fortaleza fue decisiva en el sistema español de defensa y, al mismo tiempo, en la actitud ética de todo el Antiguo Régimen. Hacerse fuertes a través de las vicisitudes extraordinarias que tanto el país como, inevitablemente, los sujetos que en él vivían tuvieron que atravesar es el mejor modo de superar en la época los golpes de fortuna y la malaventura. Todo con el objeto de sobreponerse a unas “lógicas de lo peor” y, al mismo tiempo, dejar en suspenso su condena a través de la concepción de un mecanismo eminentemente “moral”: la tribulación, que puede resumirse en que Dios condena al sufrimiento a los pueblos (y a los individuos) que ama. En este capítulo del libro se revisan los textos —y también las realizaciones sobre el territorio— de un ideal de conservación y, en último extremo, de resistencia ante las amenazas ciertas.

“Oficinas del cielo...” forma el texto cuarto, completamente inédito, aunque se beneficie de todos mis anteriores estudios sobre las figuraciones que en la época reciben los “desiertos carmelitanos”, tal y como estos resultaron entendidos, sobre todo en la mentalidad de Tomás de Jesús, verdadero artífice —acompañado de la inspiración debida a las constituciones teresianas— del eremitismo en la Orden del Carmelo.

El desierto es una de las encarnaciones de la soledad, y así lo interpreté en una intervención en una sesión necrológica, la cual tuvo lugar en el México de la pandemia, y que estuvo dedicada a Eduardo Báez, quien conocía perfectamente las regulaciones arquitectónicas que se hicieron de estas “casas de la penitencia” fundadas en México por los carmelitas. Restringiendo el campo de estudio, en este texto se explora la relación de los desiertos y de la mentalidad eremítica con la funda-

ción de El Palancar, el “más pequeño monasterio del mundo”, obra de Pedro de Alcántara.

*Locus eremus*, que reza la entrada quinta del libro, supone una vuelta a la idea de desierto, la cual es recorrida libremente (quiere decirse: sin ataduras académicas), con el objeto de explicar lo que al presente expresa el principio de retiro del mundo, encarnado en el desierto y lo desierto. Como librito apareció en dos ocasiones señaladas, la primera de las cuales se produjo en 1992. La colección “La centena” organizada en Extremadura por Ángel Campos, vio su aparición en el número 18. Más tarde, en 2008, volvió a ser publicado por una empresa editora —Cuadernos para Lisa— emprendida por aquel entonces por Cristina G. Prieto y Jorge Barco.

Una pasión que destaca entre todas es la misantropía. A ella aparecen dedicadas estas páginas, que en su primera redacción configuraron un librito con el mismo título de *Misanthropías*, que fue publicado por la editorial Delirio en 2008.

El texto sexto, “Políticas de la enemistad. Entre el Barroco y la Ilustración española”, repasa unos tiempos (los del siglo XVIII) de los que se diría que parecen poco apropiados para la emergencia de unos sentimientos contrarios en todo a los de la fraternidad y éxtasis de las relaciones interpersonales. Pero así fue. Las molestias que originan los “otros” fue el tema preferido de una, con todo, escasa falange de intelectuales que se internaron por aquel entonces en los vericuetos del apartamiento del universo de las relaciones personales y, asimismo, incurrieron en la afeción de mantener una soledad radical, haciendo cierto el título de este ensayo historiográfico. Eran en verdad, pues, “lógicas de lo peor”, debido al sentimiento que confina, finalmente, en una retracción al interior de sí mismo, de la que hoy comprendemos que está desautorizada (si se quiere vivir felizmente).

Arenas de San Pedro, y en esta villa, el palacio del infante don Luis de Borbón, sintetiza aquello que quiero decir acerca de una clase aristocrática a punto de naufragar en la España de finales del siglo XVIII. A ellos está dedicado este capítulo —el séptimo—, que he titulado explícitamente “Cultura de la melancolía. Ideologías del retiro y el desengaño en tiempos del infante don Luis de Borbón”. Es evidente que, por entonces, el orden político y moral del mundo resultó conmovido, amenazado en su antigua y primitiva configuración estamental. Como se va viendo a través de las páginas que empleamos en esta

inquietación, toda metáfora lumínica, como aquella que se impuso en terminología española —“las Luces”—, alcanzó a tener empero su envés en la *sombra*, y es indudable, dentro de este juego metafísico-astral, que el infante don Luis (y acaso, con él, todo su mundo) es una figura que hay que situar más bien —atendiendo a su peripecia y a la de sus elitistas ideales— del lado “nocturno” de aquella Ilustración. Lo cual da testimonio de que unas ciertas “lógicas de lo peor” se instalaron en la mentalidad aristocrática; pero no solo en esta, sino también en la de sus ambientes, conformados por la riqueza y la disposición al arte.

El caso del Salón de Reinos es paradigma del abandono que recibe la antigua potencia globalizadora; y aún lo es más del tratamiento que al viejo Imperio español se le ha dado por parte de los anglosajones y demás extraños a su “sistema” originalísimo. Primero como viajeros, luego en hábito de soldados, finalmente como *hispanistas*, aquellos han venido apropiándose de la realidad española, ofreciendo versiones de la misma que acaban formando una suerte de “desconfianza (algunos dirían desistimiento) de España”. Todo concebido a través del sistema educativo y las primeras letras de los respectivos países entre las clases populares europeas y americanas. Pero el texto revela mucho más que lo que sería un episodio de pura hispanofobia. Lo veremos. Lo he titulado “Traza oculta. Apropiación posmoderna del pasado barroco hispano”, y conforma la octava sección.

El último de los apartados, el noveno, inflexiona sobre más de un año vivido bajo el síndrome de la pandemia, en el que hemos visto singularmente combatido el concepto de que la “humanidad es una”. Y opinamos firmemente que supone un colofón a este ensayo, al afirmar ciertas cosas sobre el sistema propio seguido por España. Como si se tratara de antiguos eremitas, pero ya sin la perspectiva divina que, entretanto, ha desaparecido del horizonte, los españoles fuimos condenados a la penitencia de una soledad sobrevenida, radical e inesperada en sus perfiles máximos. Es lo cierto que se ha impuesto un régimen de nueva vida sobre los sujetos, desagregándolos y obligándolos a que se envuelvan en una soledad que, al cabo, les resultará fatal. Pues con el poeta debemos decir que “un hombre no es nada”. “Todo se pasa”, resultado de unas amargas reflexiones sobre la naturaleza de lo que a nosotros, en cuanto que españoles, sucedía, apareció en la *Revista de Occidente* en su número de junio del año 2022, en el contexto de una

monografía dedicada al SARS-CoV-2. El texto avizora los tiempos por venir, y en él se pone en duda aquel “cómo vivir juntos” que predicaba Roland Barthes, y que otros, como Giorgio Agamben, habían de acabar de diseñar bautizándolo como la “comunidad por venir”.

Cierro esta breve consigna relativa a los diversos textos que acoge este libro, refiriéndome al universo de la soledad que aparece ante el disgusto con el mundo y sus variedades de personas. Un deseo de escapar se abre paso a través de una historia que se deja interpretar como una puesta en práctica de la *escapología*. Vale decir: un deseo de liberarse de las concreciones, que tuvo en Houdini uno de sus más plausibles y visualizadores artífices. O acaso suceda que el propio aislamiento (“aislar”, la palabra más española del mundo, según decía Emile Cioran) sirva a otros altos propósitos, y el sujeto se engrandezca a través de ello. Hemos de verlo en este ensayo compuesto de ensayos.

Se pone de relieve, entonces, una lejanía que puede también afectar al propio sujeto que la experimenta, y también suscitar un rebajamiento de las expectativas puestas en un horizonte que ahora se sabe falible y finito, merced al conocimiento de cómo trataron estas cuestiones “los antiguos”. Afección que puede ir acompañada de una percepción del poco valer, y hasta de un cansancio del sí mismo, que es el que vemos se predicaba desde la mentalidad del desierto, y que configura alguno de los caracteres emblemáticos de las multitudes del hoy. Algo que vemos reflejado en el hecho de que se ha incrementado la distancia con “el otro” y “los otros”, los que están alejados. No quedando a salvo, por supuesto, de esa vicisitud el “yo”.

Los afectos (no menos que sus *efectos*) generados por esta situación nueva, y por todo lo que le antecede como historia acumulativa que es, se distribuyen en una cadena en la que se asocian ciertas “lógicas del disenso” aquí nombradas. Estos vínculos quedan prestos a activarse en cualquier momento: son las “resurgencias” de un pasado que no termina de pasar y concluir, y ello debido a una razón que ha suministrado hace poco los pasados años vividos en el franquismo; años que no pueden ser saldados tan apresuradamente. La autarquía permanece en el espíritu como el herpes zóster se introduce arteralmente en el propio cuerpo, alojándose en él.

Contra ello no hay más solución que pensar, con Clement Rosset, en el gran papel que todavía ostenta en lo humano la *alegría*. Entendi-

da ahora como fuerza mayor que debe regir nuestra vida. Desde todo punto de vista, es la expansión comunicativa, y no el enclaustramiento en las fortalezas de la soledad y en la profundidad de los desiertos (o, acaso, en la deshabitación que significan las celdas y *studiola*), la que debe regir al sujeto como principio animante de un devenir; y, de la misma manera, de una particular trayectoria suya por el tiempo que le ha sido concedido.